

La sociedad civil vasca y su contribución solidaria hacia un desarrollo humano y sostenible: luces y sombras del movimiento de cooperación al desarrollo de Euskal Herria

(Basque civil society and its solidary contribution towards human and sustainable development: pros and cons of the development co-operation movement in the Basque Country)

Unceta, Koldo
Univ. del País Vasco
Fac. de Ciencias Económicas
Instituto Hegoa
Avda. Lehendakari Agirre, 83
48015 Bilbao

Esta ponencia resume la evolución del movimiento de solidaridad y cooperación al desarrollo en Euskal Herria durante las últimas décadas al calor de los cambios operados en la sociedad vasca, así como en el contexto internacional, señalando los problemas y retos de la actualidad. En ella se aborda la génesis del movimiento, el papel de los actores en presencia, la influencia de las políticas públicas, los nuevos retos de la solidaridad en el contexto de la globalización, y la proyección e incidencia social.

Palabras Clave: Solidaridad. Cooperación al Desarrollo. Globalización. Desarrollo Humano Sostenible. Ética solidaria. Políticas públicas. ONGDs. Neoliberalismo.

Azken hamarkadetan Euskal Herriko garapenerako solidaritate eta kooperazio mugimenduaren bilakaera laburbiltzen du txosten honek, euskal gizartearen baitan eta nazioarteko testuinguruan gertatu aldaketak lagun, eta gaur egungo arazoak eta erronkak ematen ditu erakustera. Mugimenduaren sorrera, eragileen eginkizuna, politika publikoen eragina, solidaritatearen erronka berria globalizazioaren testuinguruan, haren proiektzioa eta gizartean duen eragina dira txosten honetan ukitzen diren gaiak.

Giltza-Hitzak: Solidaritatea. Garapenerako Kooperazioa. Globalizazioa. Giza Garapen Eramangarria. Ética solidarioa. Política publikoak. ONGEak. Neoliberalismoa.

Cet exposé résume l'évolution du mouvement de solidarité et de coopération au développement en Euskal Herria durant les dernières décennies préparée par les changements opérés dans la société basque, ainsi que dans le contexte international, en signalant les problèmes et les défis actuels. On y aborde la genèse du mouvement, le rôle des acteurs en présence, l'influence des politiques publiques, les nouveaux défis de la solidarité dans le contexte de la globalisation, et la projection et l'incidence sociale.

Mots Clés: Solidarité. Coopération au Développement. Globalisation. Développement Humain Soutenable. Éthique solidaire. Politiques publiques. ONGDs. Néolibéralisme.

INTRODUCCIÓN

Esta ponencia tiene tres objetivos principales. Primero, llevar a cabo una lectura crítica de la historia y la evolución del movimiento de solidaridad y cooperación, contando para ello con la participación de algunos de sus protagonistas. En segundo lugar, contribuir a precisar la extensión y los límites del movimiento solidario en el contexto más amplio de los agentes sociales que se dedican de una manera o de otra a la cooperación internacional en sus distintas vertientes. Y por último, establecer un diagnóstico sobre los principales retos a los que se enfrenta en la actualidad el movimiento de solidaridad y cooperación al desarrollo.

La metodología seguida ha consistido en conformar un grupo de trabajo, que durante varios meses se ha reunido para debatir sucesivos borradores de la ponencia. El debate se ha estructurado a partir de 5 grandes bloques de temas, que son los que a la postre han acabado dando forma a esta ponencia.

Cada borrador –presentado por el coordinador– ha sido el resultado del debate de la sesión anterior, completado con otras aportaciones de los miembros del grupo tras su presentación al mismo. El texto final es, pues, la resultante de cinco borradores sucesivos, que se han ido ampliando en cada sesión.

Las siguientes personas han participado, bien directamente o bien enviando sugerencias, en las sesiones del grupo de trabajo sobre solidaridad internacional y cooperación al desarrollo: Imanol Apalategui (Médicos Mundi de Gipuzkoa); Sabino Cuadra (Zabaldi, Pamplona); Alfonso Dubois (profesor de la UPV/ EHU y miembro del Instituto HEGOIA); Amalio García (Hirugarren Mundua eta Bakea y expresidente de la Coordinadora de ONGDs de la CAV), Juan Hernández (Profesor de la UPV/ EHU y miembro de Comités Internacionalistas), Pedro Ibarra (Profesor de la UPV/ EHU y Director del Instituto HEGOIA); Cesar Martínez (Profesor de la UPV/ EHU y miembro de Comités Internacionalistas); Ernesto Mendiola (Expresidente de la Coordinadora de ONGs de apoyo a emigrantes “Harresiak Apurtuz”); Clara Murgialday (miembro de la Comisión de seguimiento del Código ético de las ONGDs e investigadora del Instituto HEGOIA); Paul Ortega (Director de UNESCO Etxea); Isabel URÍA (Asociación de Amigos de la RADS); Demetrio Velasco (miembro de Justicia y Paz, y de la Comisión de seguimiento del Código ético de las ONGDs); Javier Vitoria (Vicepresidente de HMB y miembro de la Comisión de seguimiento del Código ético de las ONGDs); Nieves Zabala (Expresidenta de la Coordinadora de ONGDs de la CAV y miembro de Médicos Mundi Bizkaia); Idoia Zabala (profesora de la UPV/ EHU y miembro del Instituto HEGOIA); Seve Zubiri (Mugen Ganetik de Gipuzkoa).

PRIMERA PARTE: SURGIMIENTO Y CARACTERIZACIÓN DEL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO EN EUSKAL HERRIA

1. Las ideas solidarias e internacionalistas en la última parte del siglo XX...

El surgimiento y evolución del movimiento de solidaridad y cooperación en Euskal Herria, tiene puntos en común con los de otros movimientos sociales nacidos en las últimas décadas del siglo XX en diversas partes del mundo, como consecuencia de las transformaciones operadas en la sociedad, y de la manera en que las mismas afectaron al discurso de la izquierda. Al igual que había sucedido en otros países, las conquistas sociales del tardofranquismo, la inclusión de grandes capas trabajadoras en el consumo de masas, y la crisis del discurso político tradicional, estuvieron en cierta forma en la base del surgimiento de nuevos movimientos sociales y nuevas formas de contestación ante las injusticias o las insuficiencias del sistema, movimientos que pusieron en primer plano otras manifestaciones de las mismas como los derechos humanos, las cuestiones de género, la crisis ecológica, o los conflictos culturales.

Las ideas y concepciones internacionalistas, fuertemente arraigadas en otro tiempo en el discurso de importantes sectores de la izquierda y del movimiento obrero tanto en la CAV como en Navarra, se vieron también afectadas por los mencionados cambios sociales, dejando de constituir la importante referencia de otros momentos. Sin embargo, la persistencia de lacerantes desigualdades, de amplias capas de desposeídos y marginados, privados de los más elementales derechos, en muchas partes del mundo, representaban elementos movilizados para quienes, pese a la crisis de la izquierda, habían seguido manteniendo sentimientos a favor de un orden mundial justo y solidario. La caída del muro de Berlín y el fin de la confrontación este-oeste contribuyeron además a desvelar la realidad de muchos países que hasta entonces había permanecido más o menos oculta para gran parte de la población europea. Más aún para la del País Vasco, absorbida por las preocupaciones propias de la transición a la democracia, la reconversión industrial, y los problemas del autogobierno y la identidad nacional.

Todo lo anterior contribuyó al desarrollo de diversas iniciativas de nuevo cuño, de aproximación a la realidad de los países del sur; que constituirían el sustrato del movimiento de solidaridad y cooperación internacional en Euskal Herria.

2. ...y los antecedentes del actual movimiento de solidaridad en Euskal Herria

Los antecedentes y los fundamentos más concretos del actual movimiento de solidaridad y cooperación en la CAV y en Navarra hay que encontrarlos por una parte en la tradición misionera

ra de la iglesia católica y las redes creadas a su amparo, y por otra, en el caudal de simpatías desbertadas por los procesos revolucionarios centroamericanos de finales de los setenta y principios de los ochenta que, junto con la lucha del pueblo saharahui, constituyeron importantes referencias para toda una nueva generación de vascos comprometidos en la tarea solidaria.

La tradición de la iglesia, concretada tiempo atrás en una concepción meramente asistencial de la solidaridad vinculada a los objetivos evangelizadores, sufrió una importante transformación protagonizada por el cristianismo progresista –influido en buena medida por la teología de la liberación– el cual ha venido planteando permanentemente la cuestión de los excluidos y olvidados, y denunciando los costes de determinadas formas de entender el progreso. De ahí que esa tradición, convertida en idea movilizadora y en fuerza moral a favor de una cultura solidaria, haya constituido en las últimas décadas un importante factor de confrontación con las ideas individualistas, sin perjuicio de haberse visto afectada también por la anteriormente mencionada crisis de los sujetos clásicos de transformación social. A la propia evolución de la tradición misionera de la Iglesia y de sus organizaciones hacia un mayor compromiso social en la tarea de la solidaridad se añadió, en el caso de Euskal Herria, la conexión de dicha tradición con algunos sectores influyentes del nacionalismo vasco, sectores que contribuyeron –no sólo desde la perspectiva cristiana– al surgimiento de algunas de las organizaciones de cooperación al desarrollo existentes actualmente en el país.

Por su parte, algunos procesos revolucionarios centroamericanos, con sus perfiles humanistas, su simbología de enfrentamiento de pequeños países al todopoderoso imperio, y su demanda de solidaridad internacional, constituyeron un importante reclamo para personas de todo el mundo, con una especial incidencia en el caso la CAV y de Navarra, desde donde cientos o tal vez miles de jóvenes acudieron a vivir una experiencia que estaría en la base del surgimiento de un buen número de organizaciones solidarias. Estos fenómenos de solidaridad conectaron en parte con la tradición de la izquierda, cuyo papel en el impulso de los mismos fue sin duda significativo, pero fueron más allá, logrando captar el interés de muchas personas y colectivos sociales con preocupaciones humanistas y sin vinculación anterior con la acción política. Un cierto número de organizaciones de cooperación surgidas en Euskal Herria tuvo que ver en parte con dichas experiencias centroamericanas, o con la solidaridad con el pueblo saharahui.

3. La difuminación de algunas referencias básicas...

Si la fe y tradición judeocristiana, o la confianza en la capacidad emancipadora de determinados procesos políticos, fundamentaron buena parte de las energías solidarias en la historia reciente de

Euskal Herria, la evolución habida durante las dos últimas décadas ha sido mucho más compleja, dando lugar a un movimiento cada vez más amplio y variado, y a una constelación de organizaciones en las que las referencias compartidas son cada vez más difusas. A las organizaciones de raíz principalmente religiosa y a aquellas de origen más bien político, se han ido uniendo otras surgidas al calor de experiencias e intercambios personales, de la expresión organizativa en la CAV y en Navarra de organismos y asociaciones internacionales, del despliegue de esfuerzos técnicos a favor del desarrollo, de los vínculos internacionales de algunas congregaciones religiosas, de la creación de fundaciones vinculadas a partidos o sindicatos, o de la aparición de colectivos centrados en la denuncia y la movilización frente a diversos problemas del ámbito internacional.

En la formación y evolución de este conglomerado de actores en presencia, los valores y fundamentos éticos que estuvieron en la base de los movimientos cívicos de solidaridad internacional hace un par de décadas se han ido desdibujando, abriéndose camino una idea de la solidaridad más difusa, de variados perfiles, pese a continuar proyectándose socialmente –y a tratar de legitimarse– a través de un discurso bastante parecido, basado en la idea de la “ayuda”.

Además, una parte creciente del trabajo de muchas organizaciones solidarias –en un contexto en el que la “ayuda” se plasma muchas veces en proyectos y realizaciones concretas– tiene un fuerte componente técnico, lo que ha generado una cierta profesionalización de lo que fue en sus inicios trabajo exclusivamente voluntario. Las consecuencias a medio plazo de este fenómeno son difíciles de prever pero lo cierto es que parte de la cooperación al desarrollo funciona en buena medida como un sector económico laboral más, del ámbito de la economía social. En qué medida ello es compatible con los objetivos de la solidaridad, y hasta qué punto puede constituir una limitación para el compromiso solidario y la capacidad transformadora de algunos sectores, es sin duda una de las interrogantes de cara al futuro.

4. ...y el auge del neoliberalismo en la vida social y política

Por otra parte, el desdibujamiento de algunas referencias anteriores de la solidaridad no sólo se ha debido al incremento de agentes en presencia, o al componente crecientemente técnico de buena parte de la cooperación, sino también a la propia evolución de la realidad del desarrollo y de las ideas sobre el mismo, de las relaciones económicas internacionales, de los procesos políticos, y de la propia praxis de la cooperación.

En este sentido, hay que destacar el cambio que han experimentado las ideas convencionales sobre el desarrollo, y las referencias sobre la pobreza y la desigualdad, en el período que va

desde la finalización de la segunda guerra mundial hasta nuestros días, ideas que habían estado en la base de las políticas de cooperación de los principales organismos internacionales.

Durante las décadas de los cincuenta a los setenta la división Norte-Sur fue una referencia obligada. Esa división incluía dos propuestas centrales para comprender la percepción que se tenía de la desigualdad: primera, que los países pobres serían capaces de alcanzar a los ricos y que para conseguirlo sólo debían seguir el camino de desarrollo de éstos; segunda, que los ámbitos de comparación eran los estados-nación, es decir, había países pobres y países ricos. Los objetivos de acortar la desigualdad se formulaban directamente en la conocida expresión “cerrar la brecha norte-sur”, que implicaba acercar los ingresos per cápita entre los países. Sin embargo, a partir de los ochenta, ese paradigma se diluye hasta perderse ante el avance de la marea neoliberal.

En el nuevo escenario de la globalización, las políticas de los principales actores internacionales encuentran una referencia obligada en lo que se ha venido a llamar el Consenso de Washington, cuya hegemonía ha sido total en la década de los ochenta y gran parte de los noventa. Desde este enfoque, la división norte-sur deja de tener sentido, ya que las oportunidades están supuestamente abiertas a todos por igual. De acuerdo con estas doctrinas, la gran diferencia es la que se establece entre países que siguen las políticas “correctas” de apertura y ajuste, y quienes se resisten. Los primeros, de acuerdo al punto de vista neoliberal, verán premiados sus esfuerzos con mejores resultados económicos, y en consecuencia con una reducción de la pobreza a medio o largo plazo.

Aunque el discurso de la nueva ortodoxia neoliberal no ha llegado a cuajar en el tejido social de la solidaridad, el cual se ha mostrado mayoritariamente muy crítico al respecto, el mismo sí que ha influido en el papel de unos y otros actores en la cooperación al desarrollo, afectando al rol de muchas ONGDs, a las relaciones de éstas con los gobiernos, y a una percepción cada vez más difusa de los objetivos de desarrollo perseguidos.

SEGUNDA PARTE: LOS ACTORES Y LA IDENTIDAD DEL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO

5. Nuevos actores, nuevas referencias, mayor heterogeneidad...

Las transformaciones operadas a lo largo de los últimos años en las ideas sobre el desarrollo y la cooperación, en la práctica de muchas organizaciones, en la profesionalización de algunas actividades, y en el número y variedad de los agentes que se reclaman a sí mismos como parte del tejido social de la solidaridad, hace que resulte cada vez más complicado llevar a cabo un diagnóstico global sobre la situación y las perspectivas del movimien-

to solidario en Euskal Herria. Por ello, para avanzar en esa dirección es preciso delimitar previamente el campo en el que nos movemos y, aunque resulte complicado, definir con mayor precisión a quién o quiénes nos referimos cuando hablamos del movimiento de solidaridad internacional.

En la actualidad, se tiende a confundir con bastante frecuencia lo que son relaciones de cualquier tipo entre nuestra sociedad y las llamadas sociedades del Sur con lo que podríamos llamar relaciones de solidaridad en un sentido más estricto. Ello está bastante relacionado con las ideas sobre el desarrollo de la ortodoxia dominante, según las cuales la clave del progreso social está en el crecimiento económico, el cual suele presentarse normalmente asociado a una mayor y mejor inserción en la economía mundial. De ahí que todo aquello que contribuya a estrechar lazos comerciales, a impulsar la actividad económica y la creación de empleo, y a fomentar la inversión en determinadas zonas y países, sea considerado muchas veces como cooperación al desarrollo y, dando un paso en el vacío, como parte de la solidaridad.

Sin embargo, la solidaridad en sentido estricto, aquella que surge como expresión de un sentimiento y de una voluntad de transformación social, de reparto de las oportunidades entre las personas y las sociedades, no constituye la referencia ni la razón de existir de muchas organizaciones que, de una u otra manera, enmarcan parte de su actividad en el campo de lo que, de modo genérico, se llama cooperación al desarrollo. Existen no pocas empresas, consultings, grupos profesionales, y hasta algunas ONGDs cuya actividad en relación con los llamados países del sur no parte de la voluntad transformadora antes mencionada, y cuyos miembros difícilmente se sienten parte de un movimiento social de solidaridad. No se trata aquí de enjuiciar la labor de dichas organizaciones o empresas, la cual puede llegar a ser, en casos concretos, positiva e incluso complementaria del trabajo de los movimientos solidarios. Se trata simplemente de intentar diferenciar entre un movimiento social y otros agentes que, en momentos concretos, pueden compartir algunos objetivos con él.

Por tanto, a la hora de hablar del presente y el futuro del movimiento de solidaridad y cooperación en Euskal Herria, nos estaremos refiriendo básicamente a aquellos grupos, organizaciones, colectivos, entidades, y personas cuyo objetivo principal es el impulso de la cooperación solidaria, encuadrándose aquí tanto la mayoría de lo que se conocen como ONGDs, como otros colectivos de solidaridad, personas y grupos del mundo intelectual y académico, etc.

6. ...y más dificultades para definir y caracterizar el movimiento de solidaridad

Ahora bien, ¿en qué medida eso que queremos definir como movimiento de solidaridad en un sentido más estricto comparte un mismo diagnóstico

sobre su labor; unos mismos objetivos, o unos valores comunes?

Lo cierto es que, en la actualidad, no existe un acuerdo pleno entre estos agentes sociales ni en el diagnóstico de los problemas sobre los que pretende operar; ni en la metodología con que se pretende trabajar. Más aún, existe un cierto abismo entre la necesidad de nuevos referentes, de unas ideas compartidas sobre el desarrollo y la cooperación solidaria, y lo que en realidad constituye la práctica de la mayoría de las organizaciones que componen el movimiento de solidaridad. La propia exigencia de un código deontológico que sirva para guiar la actuación de las organizaciones de solidaridad choca muchas veces con los intereses prácticos de las mismas.

Por otra parte, el creciente aumento de la inseguridad humana y las cada vez más frecuentes necesidades derivadas de los problemas y las catástrofes humanitarias constituyen también una limitación para afrontar el necesario debate sobre los contenidos de la solidaridad. Los apremios y las urgencias de muchas actuaciones no sólo obligan a posponer la reflexión, sino que van conformando y moldeando una forma de entender la solidaridad en la que acaba primando la acción puntual o paliativa por encima de los cambios a impulsar para el logro de un mundo más equitativo y sostenible.

Sin embargo, el futuro del movimiento de solidaridad y cooperación en Euskal Herria dependerá en buena medida de su capacidad para afrontar ese debate, y de su voluntad de avanzar en la definición de unas nuevas referencias para la acción solidaria. Se hace cada vez más necesaria una nueva ética de la solidaridad, de carácter laico, capaz de trascender de la fe religiosa o de la fidelidad a procesos políticos concretos, y de servir de fundamento para una acción transformadora.

7. Necesidad de reforzar el compromiso solidario...

La primera cuestión a resaltar a la hora de fundamentar la acción solidaria en el momento presente es la necesidad de reforzar la idea de compromiso inherente a la propia noción de solidaridad. En la raíz del concepto original de solidaridad está una especial vinculación con y entre las personas. Desde ese punto de vista, para el movimiento de solidaridad de Euskal Herria, como para el de cualquier otro lugar, es importante reforzar la idea de compromiso, la importancia de los sentimientos, la decisión de compartir los problemas, el coraje cívico para denunciar y afrontar la injusticia.

Ahora bien, dicho compromiso, para que sea real y objetivo, debe establecerse y formularse de acuerdo a unos fines que vienen marcados por la situación y los problemas de otros hombres y mujeres, y de la humanidad en su conjunto. De ahí que la solidaridad deba definirse desde la realidad si no se quiere correr el riesgo de no representar

nada. Su razón de ser se encuentra en situaciones concretas (específicas de algunos sectores o ámbitos geográficos) o globales (que afectan a todos) que exigen un comportamiento solidario.

Por otra parte, la solidaridad no puede en el momento presente entenderse como algo unidireccional, como un sentimiento o una acción de unos hacia otros, sino como algo recíproco, basado en una voluntad compartida de encontrar nuevos espacios para el entendimiento y el apoyo mutuo, y el fortalecimiento de los lazos entre las personas y las sociedades, por más que la gran desigualdad actualmente existente en la distribución de las oportunidades y de los recursos obligue especialmente a aquellos que gozan de un mayor disfrute de los mismos.

Todo ello hace que, además de un reforzamiento del compromiso, la expansión y el fortalecimiento de las ideas solidarias requiera de nuevas y sólidas referencias.

8. ...hacia un desarrollo humano sostenible...

Por otro lado, una nueva ética de la solidaridad debería tener como referente básico la apuesta por un desarrollo humano sostenible¹, por un orden social capaz de garantizar las oportunidades de las actuales y futuras generaciones. La noción de desarrollo humano nos remite a la necesidad de un proceso de ampliación de las opciones y oportunidades de la gente, aumentando las funciones y capacidades humanas. Ello tiene que ver con las capacidades esenciales de las personas –vida larga y saludable; acceso al conocimiento; recursos para poder llevar una vida digna– pero también con la posibilidad de participar activamente en el proceso de desarrollo, lo que nos remite a cuestiones como la libertad, la democracia, los derechos humanos, o la equidad de género. La ampliación de oportunidades planteada en clave de equidad de género obliga a considerar que las mujeres y los hombres han de tener iguales opciones para el desarrollo de sus capacidades humanas, lo que implica que deben ser removidos todos aquellos obstáculos que impiden hoy a las mujeres el acceso y control de los recursos, los conocimientos y el poder; en igualdad de condiciones que los hombres. Igualmente, tal ampliación de oportunidades debe llevarse a cabo en clave de sostenibilidad, sin afectar negativamente a las funciones y capacidades de las futuras generaciones.

1. El término Desarrollo Humano Sostenible se emplea aquí como conjunción de la noción de Desarrollo Humano –entendida como proceso de ampliación permanente de las oportunidades de las personas y las sociedades–, y la noción de Desarrollo Sostenible –entendida como proceso capaz de satisfacer las necesidades y aspiraciones humanas del presente sin perjudicar las de las futuras generaciones–. Desde esta perspectiva, el Desarrollo Humano Sostenible sería un proceso de ampliación de las oportunidades de las personas y sociedades en el presente que no perjudique el de las futuras generaciones.

La idea del desarrollo humano sostenible afecta de manera directa a la concepción de la solidaridad, haciendo que ésta no pueda plantearse como vía para que algunas sociedades puedan acceder al modelo de desarrollo de otras —a todas luces insostenible—, obligando en consecuencia a considerar la necesidad de cambios en unas y otras sociedades. No puede considerarse desarrollo humano sostenible aquél que no es universalizable. Por otra parte, la noción de desarrollo humano sostenible hace que la apuesta por el desarrollo no pueda plantearse considerando únicamente los aspectos materiales del mismo, siendo necesario vincular éstos con los relativos al desarrollo integral de las personas y las sociedades, incluyendo los aspectos de género, los medioambientales, los políticos, o los culturales. Todo lo anterior obliga a considerar la idea de la solidaridad en una amplia perspectiva, capaz de promover una redistribución global de las oportunidades, de los recursos, de los conocimientos, y del poder, a favor de los más perjudicados por el actual estado de cosas, tanto en cada país como a escala internacional, en aras a hacer posible dicho desarrollo humano sostenible.

Estas ideas, que forman parte de los principales debates sobre el desarrollo y la solidaridad que se llevan a cabo a lo largo y ancho del mundo, comienzan poco a poco a calar en los movimientos solidarios de Euskal Herria, si bien en ellos todavía sigue pesando demasiado una noción de la solidaridad basada principalmente en los aspectos materiales del desarrollo, en la preocupación por la transferencia de recursos técnicos y financieros, y en la ayuda humanitaria o de emergencia, o bien, en otros casos, en la denuncia y la movilización frente a algunos problemas. Además, en general, las cuestiones relativas a la desigualdad entre las mujeres y los hombres ocupan poco espacio en sus preocupaciones teóricas y prácticas cotidianas, prestándose poca atención a las reflexiones que han venido realizando las feministas en torno al significado e implicaciones de la propuesta de desarrollo humano con equidad de género.

9. ...desde la apuesta por los derechos humanos y la ciudadanía universal...

Por otra parte, y en consonancia con lo anterior, una nueva ética de la solidaridad debe poner en primer plano el tema de los derechos humanos y su protección. La defensa de los derechos humanos (entendidos en su sentido más amplio, incluyendo los llamados de segunda y tercera generación) supone poner el acento en uno de los aspectos centrales del desarrollo humano, cual es la necesidad de ampliar la capacidad y la libertad de hombres y mujeres para participar en los procesos sociales, para ser protagonistas de su propio destino. Defender los derechos humanos y sociales supone, en ese sentido, apostar decididamente por el empoderamiento de los sectores más desfavorecidos, por potenciar realmente sus libertades, por fortalecer su capacidad de organización.

En los últimos tiempos, un creciente número de organizaciones sociales de la CAV y de Navarra que trabajan en el campo de la solidaridad han hecho de la lucha por los derechos humanos en diversas partes del mundo una tarea prioritaria, apostando decididamente por incorporar esta componente al trabajo de la cooperación. En otros casos, sin embargo, todavía persiste una forma de entender la solidaridad demasiado técnica, en la cual la cuestión de los derechos humanos no encuentra un encaje natural, planteándose en todo caso como algo diferenciado de los objetivos de desarrollo.

La cuestión de los derechos humanos y de su defensa cobra además una nueva dimensión en el contexto actual, caracterizado por la globalización de los procesos económicos, y en el que el objetivo de la apertura exterior y la incorporación a la economía mundial se plantea a costa de una menor protección de los derechos de las personas.

En ese contexto, es difícil que pueda avanzarse hacia un efectivo respeto de los derechos humanos mientras ello siga planteándose en el marco de los estados nacionales, mientras la idea de la soberanía nacional siga actuando como freno para los derechos humanos. Desde esa perspectiva la defensa de la universalidad de los derechos humanos fundamentales adquiere una especial relevancia como una de las tareas prioritarias de la solidaridad. Una defensa que implica el reconocimiento de dichos derechos más allá de los marcos nacionales. La interdependencia se ha convertido en una nueva frontera para los derechos humanos que obliga a poner en primer plano la noción de ciudadanía universal. En ella, los derechos de la solidaridad constituyen seguramente la principal necesidad de la humanidad frente a las amenazas de este principio de siglo y los deseos de avanzar hacia mayores cotas de igualdad y libertad. La noción de ciudadanía universal implica una idea de la solidaridad fundamentada en los derechos de las personas y no en la voluntad discrecional de los gobiernos nacionales o de la de los llamados donantes.

10. ...y desde un compromiso político por la globalización de la solidaridad

Ahora bien, ¿es posible avanzar en una nueva ética de la solidaridad, basada en los derechos de las personas y en el logro de un desarrollo humano y sostenible, al margen del devenir de los procesos políticos? La respuesta a este interrogante constituye un asunto complejo que debe ser analizado con precaución. Por una parte, parece obvio que la defensa de los derechos humanos y de la ampliación de las libertades —y, por ende, de las oportunidades— exige actuar y tomar partido en situaciones bien concretas. Parece evidente que, desde esa perspectiva, la solidaridad acaba concretándose en sitios y en ámbitos específicos, lo que puede afectar a la potenciación de organizaciones concretas y a la existencia de procesos políticos de referencia. Apostar por los derechos de las personas, hombres y mujeres, y por un desarrollo humano sostenido

nible supone apostar por unas ideas y unas creencias, lo que implica asumir la confrontación con quienes se oponen a las mismas.

Elo no debería suponer sin embargo –como ha ocurrido muchas veces en el pasado– que la solidaridad acabe priorizando los intereses de las organizaciones en vez de los de la gente a la que las mismas dicen defender. Existen ciertamente grupos y colectivos solidarios que tienden a identificarse con organizaciones y procesos políticos concretos de otros países. Sin embargo, los movimientos de solidaridad deberían actuar con precaución en este asunto reafirmando su compromiso prioritario con las grandes mayorías, y su independencia respecto a organizaciones y procesos políticos específicos, sin que ello deba constituir un obstáculo para prestar apoyos concretos a aquellas, en la medida en que sus proyectos o reivindicaciones contribuyan a la extensión de los derechos humanos y al desarrollo humano sostenible.

Por otra parte, la defensa de los derechos de las personas y el trabajo en pro de un desarrollo humano sostenible requieren del establecimiento de un orden social internacional, tal como se reclama, entre otros muchos lugares, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esto implica también la necesidad de un trabajo político por parte de los movimientos de solidaridad orientado a promover dicho nuevo orden, lo que en la actualidad se concreta, entre otras cosas, en la necesidad de una participación activa y de una toma de posición en los importantes debates que durante los últimos años se llevan a cabo en el plano internacional. Frente a la globalización de los mercados es imprescindible globalizar la solidaridad y apostar decididamente por un orden internacional basado en los derechos de las personas y no en los intereses de los principales agentes económicos.

11. Necesidad de una praxis que responda a una ética solidaria...

Algunos sectores del movimiento de solidaridad internacional de Euskal Herria, –al igual que en otros lugares– han tratado de avanzar en la definición de su trabajo y en los principios sobre los que se sustenta su acción proponiendo un código de conducta² que refleje el “deber ser” de su existencia y de su labor. Es el caso de las ONGDs de la CAV. Dicho código ético enlaza con algunos de las referencias mencionadas anteriormente y trata de ser un instrumento capaz de “depurar” el propio movimiento, evitando comportamientos contrarios a un compromiso solidario efectivo.

2. El código de conducta de las ONGDs es un texto aprobado por la mayoría de las mismas en el que se recogen los criterios que deben guiar su trabajo, tratando de evitar prácticas que no concuerden con los valores y objetivos de la solidaridad. Existe además un órgano de control y vigilancia sobre su cumplimiento.

La realidad sin embargo demuestra que dicho código está poco interiorizado y que las prácticas de algunas ONGDs no encajan con lo allí defendido. Por otra parte existen otros sectores de la solidaridad, que no trabajan desde ONGDs, cuyo funcionamiento está más en sintonía con dicho código de conducta. Lo importante no es por tanto la propia autodefinición de unas u otras organizaciones como parte del movimiento de solidaridad, sino la práctica real de las mismas. En ese sentido, el mencionado código de conducta constituye una referencia que puede servir para calibrar el trabajo no sólo de las ONGDs sino también el de otros actores y organizaciones, lo que puede facilitar una mejor delimitación del campo de la solidaridad.

Todo ello es importante en un momento en el que, como ya se ha señalado, existe una creciente diversificación de actores que participan de una u otra manera en tareas relacionadas con la solidaridad. Por una parte surgen nuevos grupos y redes, que suponen nuevas expresiones del trabajo solidario, las cuales reflejan a veces un posicionamiento crítico hacia el trabajo excesivamente técnico de algunas ONGDs. Es el caso de redes como ATTAC o, en el caso específico de Euskal Herria, de Hemen eta Munduan o de las plataformas por la condonación de la deuda externa. Existen sectores que ven un cierto agotamiento del modelo tradicional de las ONGDs y buscan nuevas fórmulas desde las que desplegar la acción solidaria. Por otro lado, el ámbito tradicionalmente propio de las ONGDs, el de la realización de proyectos de desarrollo en otros países, tiende a ser ocupado por un número cada vez más amplio de agentes y organizaciones sociales. En estas circunstancias resulta cada vez más difícil delimitar el campo de la solidaridad, siendo de escasa utilidad acudir para ello a la autodefinición de las distintas organizaciones, a sus fórmulas organizativas, a su entidad jurídica, o a su pertenencia a redes o coordinadoras. Por el contrario, resulta mucho más importante analizar y valorar el trabajo de unos y otros desde las referencias más arriba mencionadas, y desde sus prácticas reales de funcionamiento.

12. ...y de una mayor coherencia en el trabajo

La contradicción muchas veces existente entre los principios que se defienden y las prácticas reales de algunas organizaciones que se reclaman solidarias plantea serios problemas de cara a fortalecer el movimiento y darle una mayor consistencia moral y política. Pero también resulta una rémora a la hora de conectar con la sociedad y hacer participe a ésta de unos valores de transformación sin los cuales difícilmente podrá avanzarse hacia un desarrollo humano sostenible, hacia una efectiva distribución de las oportunidades de desarrollo en unas y otras sociedades.

Las incoherencias entre las ideas y la práctica real son algo común en todo tipo de organizaciones y colectivos humanos pero en un movimiento como el de la solidaridad son mucho más llamativas en cuanto a que su labor se basa en buena medida en

el humanismo, en el altruismo, en el compromiso con los más desfavorecidos. Surge entonces el problema de cómo construir un altruismo solidario, de cómo avanzar en un mayor compromiso de la sociedad, de cómo generar nuevos recursos morales, de cómo despertar actitudes más beligerantes frente a la injusticia, más responsables hacia los demás seres humanos y hacia las futuras generaciones, más comprometidas con la equidad entre las mujeres y los hombres, cuando los discursos no se corresponden con la práctica real.

La necesidad de generar recursos solidarios obliga en ese sentido a avanzar en la dirección de una mayor afirmación teórica y práctica de los principios y las referencias que deben guiar el trabajo solidario para, de esta manera, lograr una mayor legitimación social y una ampliación del campo de la solidaridad.

13. Construir redes y evitar la competencia entre organizaciones...

Uno de las cuestiones más recurrentes en las prácticas “negativas” de algunas organizaciones solidarias es la competencia entre las mismas, problema agravado en la medida en que aumenta su proliferación. Ello se traduce muchas veces en la paradoja de actuar de forma insolidaria mientras se pretende llevar a cabo proyectos solidarios.

La proliferación de organizaciones y colectivos que establecen vínculos de cooperación con contrapartes de otros países es vista muchas veces con recelo, como si la misma pusiera en peligro la existencia de la propia organización. El aumento y la diversificación de la solidaridad llega a convertirse así absurdamente en un problema para algunas organizaciones que en teoría pretenden impulsar aquella. Sin embargo, la pluralidad y la diversificación de las acciones solidarias constituye un activo del movimiento de solidaridad. Lo que se percibe como competencia puede ser percibido como complementariedad si se trabaja con un espíritu realmente solidario.

En ese sentido cobra una especial importancia la construcción de redes y mecanismos de coordinación, el trasvase de experiencias, la puesta en marcha de proyectos y acciones conjuntas, y el apoyo mutuo entre organizaciones que persiguen los mismos objetivos. Para ello resulta imprescindible desarrollar el espíritu crítico, el debate de ideas, y la preocupación por poner al día unas referencias y unos valores que fundamenten la acción solidaria.

14. ...superando el voluntarismo sin renunciar al compromiso

La competencia entre organizaciones del campo de la solidaridad está muchas veces relacionada con la ya mencionada tecnificación de buena parte del trabajo, la profesionalización del mismo, y la

necesidad de crecientes recursos financieros para sostenerlo. La necesidad de una mayor profesionalización del trabajo, de superar el simple voluntarismo avanzando hacia mayores cotas de eficacia en la acción solidaria es la consecuencia de varios factores. Por una parte, resulta una evidencia que, conforme van ampliándose las relaciones con grupos y organizaciones de otros países, las demandas planteadas por éstos tienden a complejizarse y a diversificarse. Muchas de esas organizaciones ven a sus contrapartes de los países del norte como la única esperanza para poder llevar a cabo su labor; para contar con los recursos técnicos y financieros imprescindibles para poner en marcha muchos de sus proyectos e ilusiones.

Ello se hace más acusado en la medida en que aumenta la desprotección social y disminuye el gasto público en numerosos países, como consecuencia de las políticas de ajuste desplegadas que conducen a una marginación creciente de muchos sectores. En este contexto, numerosas organizaciones sociales de diversos países comienzan a tener un papel cada vez más importante como subsidiarias de la acción de las administraciones públicas, poniendo sus odas en los donantes externos como única alternativa para llevar a cabo su labor. A ello hay que añadir el ya mencionado aumento de las emergencias y las catástrofes humanitarias en un marco de creciente inseguridad humana, lo que presiona a muchas organizaciones solidarias a dedicar muchos esfuerzos a trabajar en este campo, lo que por otra parte plantea a veces una notable complejidad técnica.

Estos elementos, que están en la base de la tecnificación y la profesionalización de buena parte de los esfuerzos solidarios, constituyen un reto a la hora de definir la orientación y la praxis de muchos grupos de solidaridad, particularmente en el sector de las ONGDs, asunto sobre el que luego volveremos. Por lo que respecta al tema concreto de la profesionalización, la misma no tiene por qué ser negativa en sí misma si va acompañada del compromiso efectivo con unos valores de transformación social, lo que implica también un espíritu colaborador y solidario entre las organizaciones que trabajan en este campo.

TERCERA PARTE: EL PAPEL DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS DE COOPERACIÓN Y SU INFLUENCIA EN EL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD

15. La acción de las administraciones públicas...

En los últimos años los fondos públicos puestos a disposición de las ONGDs, y otros grupos y entidades, por parte de las distintas administraciones han constituido una parte importante de los recursos financieros con los que poder realizar algunas acciones de solidaridad. En no pocos casos, los proyectos solidarios desplegados por distintas organizaciones en diversos países no habrían podido llevarse a cabo sin el concurso de dichos fondos. En otras ocasiones, son las pro-

pías administraciones quienes establecen relaciones directas con organizaciones y entidades diversas en otros países, a veces a petición de estas mismas, y llegan a acuerdos para apoyar acciones que luego son trasladadas para su ejecución a ONGDs de aquí, dando lugar en la práctica a auténticas “subcontrataciones” de actividades y proyectos, y a una lógica de hacer que las ONGDs sean las encargadas de llegar allá donde la administración no puede. Todo ello ha conducido poco a poco a un escenario en el que las relaciones entre las administraciones públicas y algunos sectores del movimiento de solidaridad acaban por jugar un importante papel en la orientación y la praxis de éste último, y en el que, a veces, algunas organizaciones tienden incluso a adaptar su *modus operandi* al modelo reclamado desde aquéllas. Las fuertes vinculaciones que se han ido creando entre los proyectos de bastantes organizaciones y los fondos públicos capaces de financiarlos han ido forjando un modelo de relación entre dichas organizaciones y la administración caracterizado en muchos casos por una gran dependencia, en el que la crítica es sustituida muchas veces por el clientelismo, y la coordinación entre organizaciones por la competitividad entre las mismas.

Ciertamente, en el análisis social en general y en el los movimientos de solidaridad en particular resulta difícil acotar el espacio institucional diferenciándolo absolutamente de la llamada sociedad civil. El papel de unas y otras administraciones y su influencia en la vida social no es el mismo en todos los casos. Así, por ejemplo, la labor que algunos ayuntamientos realizan en el campo de la solidaridad y la cooperación al desarrollo, y el subsiguiente modelo de relación con las organizaciones y movimientos sociales, no puede ser analizado de la misma manera que la que realizan otras administraciones de mayor tamaño y, sobre todo, con muchos más recursos financieros. En los casos concretos de la Comunidad Autónoma Vasca y de Navarra, el papel de los gobiernos autónomos es sin duda el más relevante y el que mayor influencia ha tenido hasta la fecha en el debate sobre el modelo de relación de las ONGDs con las instituciones.

16. ...la dependencia de algunas organizaciones de la solidaridad respecto de la financiación pública...

La conjunción de los elementos más arriba mencionados –demandas de las contrapartes, aumento de las emergencias, creciente complejidad del trabajo, necesidad de una mayor profesionalización para estar a la altura de los retos planteados, conformación de una parte del movimiento de solidaridad como un sector económico con sus propias necesidades– tiende a reforzar en general la fuerte dependencia que muchas organizaciones tienen respecto de la administración para poder llevar a cabo sus actividades, e incluso en algunos casos para poder sobrevivir como tales.

Esta dependencia puede convertirse –de hecho ya lo ha hecho en bastantes ocasiones– en una seria limitación a la hora de elaborar y defender un discurso crítico, a la hora de avanzar hacia una fundamentación alternativa de la solidaridad si ésta cuestiona el orden social representado por dichas instituciones. La percepción de los riesgos que pudieran derivarse de una confrontación entre las organizaciones sociales y sectores de la administración, de los que aquéllas dependen en parte para subsistir y realizar su labor; se traduce en no pocas ocasiones una especie de autocensura, de autolimitación, que dificulta el debate sobre los retos de la solidaridad y la manera de abordarlos.

En el caso concreto de la CAV, las relaciones de una parte del movimiento de solidaridad –el representado por las ONGDs– y el gobierno han atravesado por diversas fases, si bien el hecho de que la propia existencia de los fondos públicos para la cooperación fuera el resultado de la presión social ha determinado probablemente una actitud gubernamental menos impositiva que la que se puede observar en otros ámbitos. Sin embargo las relaciones entre las organizaciones sociales y el gobierno vasco no han escapado a la lógica derivada de los fenómenos más arriba mencionados, lo que para un sector tan joven como el de las ONGDs de la CAV ha representado una seria limitación a la hora de fortalecer su unidad y de plantearse de forma crítica los objetivos de la solidaridad. Por lo que se refiere a Navarra, el tipo de relaciones habido entre las ONGDs y el Gobierno ha sido el reflejo de la ausencia de un planteamiento propio de las organizaciones solidarias. Tanto en un caso como en el otro los movimientos de solidaridad y cooperación no han planteado una propuesta alternativa a la de los gobiernos, más allá de la demanda de incremento de los fondos.

La propia exigencia de mecanismos de control o de enlace con la administración –caso de los Consejos de cooperación– ha estado muchas veces marcada por la preocupación por mejorar la posición de las organizaciones, en detrimento de otros asuntos como la orientación de las políticas de cooperación y sus objetivos, todo lo cual se ha visto favorecido por las reservas expresadas por el gobierno a la existencia de un sector social fuerte y coordinado. Además, la preocupación por dichos mecanismos de control y de relación colectiva con los gobiernos no ha sido realmente asumida y compartida por el conjunto del movimiento, mostrando no pocas organizaciones una preferencia en la práctica por favorecer y priorizar su relación bilateral con algunas instituciones.

17. ...y sus limitaciones para generar recursos sociales solidarios

Sería un error sin embargo atribuir todas las debilidades del movimiento de solidaridad al modelo de relación existente con las administraciones públicas, el cual está condicionado a su vez por la necesidad de crecientes recursos para hacer fren-

te a algunos de los retos planteados. El problema es sin duda más profundo y tiene que ver en gran medida con la creciente desmovilización social y con la debilidad de los vínculos de muchas de las organizaciones de la solidaridad con su entorno social más próximo. En el marco del modelo económico neoliberal las ideas individualistas han ido ganando terreno en amplios sectores de la sociedad, afectando a la capacidad de incidencia de las organizaciones a la hora de recabar apoyos y de generar recursos solidarios. En el caso de muchas ONGDs ha ido imponiéndose poco a poco un modelo de relación con la sociedad basado en la captación de recursos financieros, sea mediante una cuota, sea a través de campañas para proyectos específicos.

Dicha base social cotizante pero desmovilizada resulta sumamente exigua para hacer frente a las tareas que muchas organizaciones se plantean. Y así, ante unas crecientes demandas, la necesidad de fondos para hacerles frente en condiciones de eficacia hace que la relación con las administraciones públicas adquiera una gran relevancia en el trabajo de aquéllas. En un contexto en el que la financiación de proyectos y actividades en otros países constituye una parte muy importante del trabajo, sólo una mayor independencia económica puede permitir avanzar hacia una mayor independencia política respecto a los gobiernos y hacia la posibilidad de desplegar un discurso más crítico y transformador. Para ello sería necesario dedicar más esfuerzos a la creación y movilización de recursos solidarios. Pero ello podría ir a corto plazo en detrimento de la capacidad de desarrollar proyectos, afectando a la razón de ser de algunas organizaciones. Se trata de un círculo vicioso en el que desatender la movilización social en aras a una mayor eficacia en el corto plazo puede privar a las organizaciones solidarias del apoyo necesario para ser más eficaces a medio y largo plazo.

CUARTA PARTE: EL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD Y COOPERACIÓN FRENTE A LOS NUEVOS RETOS DEL DESARROLLO; LO LOCAL Y LO GLOBAL

18. Apostar por compartir y también por transformar...

En las actuales circunstancias se hace cada vez más difícil afrontar la doble tarea a la que pretenden hacer frente muchos movimientos solidarios: por una parte compartir el sufrimiento de las personas y grupos sociales con los que se pretende colaborar; zambulléndose en un trabajo orientado a mejorar su situación y paliar dicho sufrimiento y, a la vez, tratar de afrontar las causas del problema desde una perspectiva de denuncia y de transformación social.

La tendencia a poner en primer plano las cuestiones relacionadas con los proyectos y la solidaridad más material ha llevado a la percepción de muchas ONGDs como agencias de intermediación

a través de las cuales poder canalizar recursos solidarios que la ciudadanía por sí mismo no puede hacer llegar, percepción reforzada por el propio rol que los gobiernos atribuyen a dichas organizaciones. En algunos sectores de la solidaridad ello ha dado lugar a un cierto desapego respecto a las ONGDs. Se trata por lo general de núcleos de activistas preocupados por la movilización frente a algunos de los graves problemas que provocan la marginación y la desigualdad (deuda externa, globalización neoliberal, derechos de los emigrantes, control de los grupos económicos más poderosos sobre los procesos sociales, agresiones al medio ambiente y la biodiversidad...), y que ven a algunas ONGDs como organizaciones excesivamente técnicas y/o mediatizadas por su relación con los gobiernos, lo que les impediría desarrollar un trabajo más crítico hacia ellos.

La puesta en primer plano de unas u otras cuestiones ha venido en los últimos tiempos a trazar una cierta línea divisoria entre organizaciones del campo de la solidaridad. Sin embargo, la realidad demuestra que no existen dos modelos de trabajo claramente diferenciados que puedan encontrarse e identificarse en estado puro. Lo más común es, por el contrario, la existencia de organizaciones que tratan de combinar —de distintas maneras, con mayor o menor éxito— la incidencia en la sociedad con mensajes transformadores por un lado, y la movilización de recursos materiales a favor de otras sociedades por otro.

19. ...tratando de combinar el compromiso con los más desfavorecidos y la lucha por un nuevo orden social

Con todo, el problema planteado es de gran calado y afecta directamente a lo que pueda ser en el futuro el movimiento de solidaridad y cooperación al desarrollo en Euskal Herria. Desde una perspectiva de compromiso solidario, la lucha por un orden social alternativo, basado en la justicia social, la equidad, y los derechos humanos, y compatible con un desarrollo humano sostenible, no puede obviar la existencia de gravísimos problemas que atenazan la vida de millones de seres humanos en el momento presente. Si la ideología neoliberal existente se basa en plantear que la solución de los problemas de la marginación social sólo se resolverán en la medida en que se garantice el buen funcionamiento del mercado y que, mientras tanto, cualquier intervención de carácter redistributivo sólo logrará agravar los problemas; si la ortodoxia oficial sólo es capaz de prometer improbables soluciones de largo plazo pasando por encima del sufrimiento presente de las personas y las sociedades, los movimientos de solidaridad han de ser capaces de vincular ambas cuestiones, comprometiéndose con la situación actual de la gente, promoviendo proyectos y actividades que mejoren la misma, y supongan a la vez un mayor empoderamiento desde el que poder afrontar la denuncia de su situación y la lucha por la necesaria transformación social.

Desde esta perspectiva, la preocupación por la denuncia y la movilización por un lado, y el compromiso con el sufrimiento presente por otro, no deberían plantearse como contradictorias, por más que el trabajo en ambos frentes a un tiempo no resulte fácil. Las ONGDs, al menos en el caso de la CAV, llevan ya cierto tiempo planteándose estos problemas, como lo de muestran las resoluciones de la Conferencia sobre cooperación al desarrollo celebrada en Bilbao en el año 2000. En Navarra existen experiencias de trabajo compartido entre organizaciones solidarias de diverso tipo como es el caso de Zabaldi, que bien podrían servir para un mayor debate y trasvase de experiencias. Por lo que respecta a los grupos de denuncia, centrados en la movilización, los mismos deberían tal vez avanzar también en ese debate, el cual ha de abordar al mismo tiempo la complicada cuestión de las relaciones con el tercer vértice del triángulo, es decir, las administraciones públicas.

20. La globalización neoliberal también afecta a nuestro entorno cercano...

Las relaciones entre la solidaridad con otras sociedades y la solidaridad interna en nuestro propio país, constituye un tema sobre el que existe un creciente debate. Hasta hace poco, los movimientos de solidaridad internacional y cooperación al desarrollo habían sido concebidos como el instrumento capaz de movilizar la solidaridad material, política o de otros tipos hacia los “otros”: hacia las llamadas sociedades del sur. Los problemas internos de nuestra sociedad –la pobreza, el desempleo, la marginación social, el medio ambiente, la discriminación de la mujer, etc.– no eran conceptualizados como problemas del desarrollo –estos sólo existían en los países del llamado tercer mundo–, sino como lacras o injusticias específicas de países ya desarrollados.

Como consecuencia de ello, estas cuestiones no eran motivo de atención por parte de las ONGDs u otros movimientos internacionalistas. Se trataba de temas para cuyo análisis y solución ya existían otros movimientos sociales del ámbito sindical, medioambiental, feminista, etc. Con la excepción de algunas organizaciones de inspiración cristiana que han venido trabajando en el plano de lo social –Cáritas, Justicia y Paz, ...– era difícil encontrar grupos o movimientos capaces de integrar la reflexión –o la práctica– sobre los problemas propios y los problemas de los “otros”. Sin embargo, diversas cuestiones han confluído para que poco a poco comience a interiorizarse en los movimientos de solidaridad internacional la necesidad de vincular ambas cosas, empujándose a difuminar esa línea divisoria entre una y otras problemáticas.

Por un lado está el ámbito de la reflexión teórica, en el que se han producido importantes avances en los últimos tiempos en torno a la discusión del concepto de Desarrollo Humano Sostenible. La evidencia de que en las sociedades como la nues-

tra, consideradas desarrolladas, el desarrollo humano y la sostenibilidad del modelo son asignaturas pendientes, ha contribuido a reconsiderar la validez de conceptos como “desarrollo” y “subdesarrollo” tal como hasta ahora hablan sido enunciados. Además, como consecuencia de este debate está cada vez más admitido que la solución de los graves problemas que la humanidad tiene planteados, y especialmente los que afectan a los cientos de millones de personas que viven en la privación o la pobreza en los países del sur; no puede plantearse al margen de importantes cambios en las sociedades más ricas, cuyo modelo de desarrollo aparece así abiertamente cuestionado.

En segundo término, es preciso mencionar el papel de las cumbres “paralelas” a las convocadas por diversos organismos internacionales, en las que han participado representantes de movimientos sociales diversos, del ámbito ecologista, feminista, sindical, etc. los cuales han comenzado a dar a su trabajo una dimensión internacional prácticamente inexistente hasta hace poco, tejiendo redes de solidaridad con organizaciones y movimientos sociales de otras partes del mundo y, especialmente, de los países del sur. Como consecuencia de ello, muchas organizaciones han comenzado a llevar a cabo acciones de solidaridad, entrando en un campo hasta ahora exclusivo de las ONGDs y los movimientos internacionalistas.

En tercer lugar, es preciso resaltar la creciente importancia del fenómeno de la emigración que ha establecido un vínculo bastante visible entre nuestra realidad más cercana y la de otros países. En torno al fenómeno de lo que algunos han llamado “cuarto mundo” algunas organizaciones de solidaridad internacional han comenzado a trabajar sobre los problemas de los inmigrantes, a la vez que se han creado nuevas organizaciones que nos interpelean acerca de un modelo excluyente aquí y a escala internacional. Y, por último, cabría señalar la influencia de los movimientos que cuestionan la globalización neoliberal, en algunas de cuyas protestas han confluído muy diversos sectores y organizaciones sociales, en un intento de vincular lo local y lo global en una misma perspectiva de trabajo. Todas estas cuestiones han influido, en mayor o menor medida, en la reflexión y en la praxis de algunos sectores del movimiento de solidaridad y cooperación del País Vasco, si bien todavía de manera ciertamente minoritaria.

21. ... y plantea la necesidad de una mayor colaboración entre organizaciones sociales, integrando lo global y lo local

En este nuevo contexto, el movimiento de solidaridad y cooperación al desarrollo se enfrenta a nuevos retos teóricos y prácticos que afectarán sin duda a su reflexión y orientación en los próximos años. Desde el punto de vista práctico son varias las cuestiones que se plantean y que deberán ser dilucidadas. Por un lado está la cuestión de una mayor participación, siquiera en el ámbito de la

reflexión, de las ONGDs y los movimientos internacionalistas en general, en los problemas propios del desarrollo en nuestros ámbitos más cercanos. Se trata de un asunto complejo, dada la escasa reflexión existente sobre las relaciones de interdependencia que se dan entre los problemas propios y los considerados externos. Un claro exponente de ello es el tema de la seguridad alimentaria y su relación con un modelo de agricultura que además de dañar el medio ambiente ha supuesto la ruina para muchos productores de los países del sur; y un elemento desencadenante de no pocas crisis alimentarias.

La mayor preocupación de las ONGDs y los movimientos de solidaridad hacia estas cuestiones deberla implicar una mayor coordinación con otros movimientos sociales en lo relativo a sus reivindicaciones y propuestas. Particularmente importante es a este respecto la cuestión de la inmigración, sobre la que muchas organizaciones de corte internacionalista y/o de cooperación han pasado de puntillas en los últimos tiempos.

Por otra parte, está la cuestión de la creciente participación de esas otras organizaciones y movimientos en actividades de cooperación y solidaridad internacional, lo que plantea también la necesidad de una mayor coordinación en este ámbito. A veces los agentes tradicionales de la cooperación al desarrollo han visto con recelo esta mayor implicación. Sin embargo, la misma constituye un fenómeno positivo que puede y debe redundar en una ampliación del campo de la solidaridad internacional. Y por último están las cuestiones relativas a la participación de las ONGDs y los movimientos de solidaridad de Euskal Herria en los debates y acciones que se llevan a cabo en el ámbito internacional sobre los distintos aspectos del desarrollo humano sostenible y los problemas derivados de la actual globalización en clave neoliberal. Se trata de un tema complicado, como todo lo relativo a la crítica de la globalización, la cual no debería hacerse desde la defensa de intereses particularistas sino desde la preocupación por el impulso y la defensa de valores y derechos universales.

La manera en que se aborden todos estos retos de futuro puede afectar de manera sustancial al discurso y a la práctica de los movimientos de solidaridad internacional en Euskal Herria. Y en ese sentido, un tema importante será la manera de articular la especificidad con la globalidad. La solución no puede venir de una práctica generalista de todo tipo de organizaciones y movimientos sociales. Por el contrario, la especificidad de cada una de ellas, traducida en objetivos concretos y ámbitos de actuación más propios, deberá continuar siendo probablemente una seña de identidad también en el futuro. Quien mucho abarca poco aprieta. Pero la especialización no tiene porqué ir reñida con la coordinación, la búsqueda de objetivos comunes, y la reflexión conjunta. En los años 70 los movimientos ecologistas pusieron en circulación la máxima “pensar globalmente, actuar

localmente”. En los momentos actuales, los movimientos de solidaridad y cooperación al desarrollo, tanto en la CAV como en Navarra, tal vez tengan que avanzar también en la dirección de actuar en ámbitos específicos, colaborando al mismo tiempo con otros en la reflexión y la actuación sobre los problemas del desarrollo global, incluidos los de nuestra propia sociedad.

QUINTA PARTE: LA PROYECCIÓN SOCIAL Y LA LEGITIMACIÓN DEL MOVIMIENTO DE SOLIDARIDAD Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO

22. Necesidad de una mayor proyección social...

En el contexto presente cobra una especial importancia la dimensión social del trabajo de los diferentes agentes que trabajan en el campo de la solidaridad. El esfuerzo realizado a lo largo de los últimos años por las diferentes organizaciones solidarias en Euskal Herria ha permitido hacer presente en nuestra sociedad que millones de seres humanos enfrentan en el mundo graves problemas de privación o de subsistencia. Pese a que las preocupaciones sociales dominantes continúen siendo otras, los movimientos solidarios han ganado un espacio público inexistente hace tan sólo dos décadas. Sin embargo, el movimiento de solidaridad y cooperación no ha sabido o no ha podido trasladar a la sociedad el debate sobre las causas que generan dichas situaciones, no ha logrado hacer visible la relación que existe entre nuestro modo de vida y el de otros.

La mucha o poca conciencia solidaria existente en nuestra sociedad se ha traducido principalmente en sentimiento de compasión hacia la suerte de otras personas, pero apenas en una interpelación sobre sus causas. De hecho la principal preocupación sobre la eficacia del trabajo de las organizaciones solidarias se expresa en las dudas sobre la gestión de los fondos recaudados pero es difícil encontrar preocupaciones –fuera de algunos ámbitos muy reducidos– sobre la capacidad de dichas organizaciones para cambiar, siquiera parcialmente, el actual estado de cosas.

Uno de los ámbitos más importantes a este respecto, el de la educación, apenas ha logrado experimentar cambios importantes, pese a los esfuerzos desplegados en ese sentido por diversas organizaciones del campo de la solidaridad y colectivos de enseñantes. La formación de las futuras generaciones en unos valores transformadores y solidarios, en una comprensión más integral de los problemas del mundo, sigue siendo una asignatura pendiente, mientras gana terreno día a día el insolidario discurso de la competitividad.

23. ...y de un discurso de mayor calado...

El predominante discurso *ligh* sobre la solidaridad, que no es capaz de encarar el debate sobre los problemas que enfrentamos, resulta especial-

mente limitado en un contexto como el actual en el que cobra cada vez más fuerza en nuestra sociedad un proyecto sin apenas otros perfiles que la idea de Europa y la mencionada de la competitividad. La idea de formar parte de una gran potencia del mundo actual como meta principal margina cualquier reflexión sobre el alcance de los problemas del mundo y sus posibles soluciones. En este marco, el movimiento de solidaridad y cooperación en Euskal Herria enfrenta el complicado reto de proyectar socialmente unas preocupaciones y unos valores que chocan frontalmente con la omnipresencia de un discurso y un proyecto que poco o nada tienen que ver con ellos. La dificultad o la incapacidad de afrontar el debate de la emigración por parte del movimiento de solidaridad es una buena muestra de ello. La escasa denuncia del papel desempeñado por algunos agentes sociales de la CAV y de Navarra (empresas de armamento, algunas entidades financieras, etc.) en los problemas del desarrollo o en la violación de los derechos humanos en diversos lugares es otro síntoma.

Sería de todas formas absurdo –a la vez que poco objetivo– pretender cargar toda la responsabilidad de este asunto sobre las organizaciones y colectivos de solidaridad. Es importante reseñar la responsabilidad que algunos partidos políticos, sindicatos, sectores universitarios, o de los medios de comunicación, tienen a la hora de proyectar hacia la sociedad un discurso más sólido sobre los compromisos, sobre los derechos y obligaciones, que se tienen como ciudadanos del mundo. Dicho de otra manera, no se puede cargar sobre las ONGDs y otros colectivos sociales toda la crisis del discurso de la izquierda y, más en general, de los valores de la solidaridad, por más que las mismas puedan contribuir a su regeneración. Articular un discurso fuerte de la solidaridad es sin duda un trabajo pendiente de las ONGDs y otros movimientos solidarios, pero ello es inseparable del necesario concurso de otros agentes sociales cuya responsabilidad en este asunto es fundamental.

24. ...que refuerce el movimiento de solidaridad y le dé mayor legitimación

En el futuro, la legitimación social del movimiento de solidaridad pasa por abordar algunas de las cuestiones anteriormente mencionadas. Hay una legitimidad indiscutida en el trabajo que desarrollan los movimientos de solidaridad y cooperación, pero existe al mismo tiempo un serio problema de legitimación, como consecuencia de la debilidad de su discurso y de lo limitado de algunos de sus argumentos. En esa situación, de no avanzarse en la construcción de un discurso más coherente, puede entrarse en un proceso de deslegitimación.

Todo ello afecta también a la base social de los movimientos de solidaridad. La ampliación paulatina de la misma pasa por una mayor conciencia sobre el carácter y la magnitud de los problemas a enfrentar. Actualmente, la mayor parte de las ONGDs y otros colectivos de solidaridad cuentan con una base social activa sumamente escasa pese a tener a veces una base cotizante pasiva relativamente amplia, reflejo de una percepción de la solidaridad centrada casi en exclusiva en la aportación de recursos financieros capaces de contribuir a paliar algunas situaciones de privación.

En definitiva, tras más de dos décadas de trayectoria del actual movimiento de solidaridad y cooperación al desarrollo en Euskal Herria su evolución futura dependerá de cómo maduren algunas de las cuestiones planteadas en los diferentes puntos de este trabajo. Especialmente importante resulta a este respecto la manera en que los movimientos solidarios afronten el debate sobre su propia identidad, sobre su independencia respecto a los poderes económicos y políticos, y sobre su capacidad de movilizar los recursos solidarios de la sociedad. Para ello, será determinante la disposición a encarar el futuro con la audacia suficiente para abordar los nuevos retos que se presentan, abriéndose a otros agentes y sectores sociales y construyendo un discurso y una praxis más adaptados a los problemas del momento.